

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Jueves, 27 de Diciembre de 2007

LA BARCA DE CARONTE. TERCER CAPÍTULO. REGRESO DE VACACIONES.

Finalizaban las vacaciones que David y Sonia habían disfrutado alojados en una casa rural extremeña. Era uno de esos días de agosto que ya parece anunciar el final del verano. Ya en aquella hora de la tarde, la temperatura había sufrido un brusco descenso. David estaba metiendo las maletas en el auto. Sonia arreglaba la factura con el anciano dueño de la casa. En ese instante, justo enfrente de donde David tenía aparcado el coche, salió como desde la nada un ruido muy extraño. Estremecedor. Parecía como si unas serpientes metálicas se deslizaran a ras de asfalto. Era un arrastrar de cadenas, que, en mitad de aquel paraje casi desolado no provocaba precisamente buenas sensaciones. Este sonido cesó en unos pocos segundos. David pensó que podía tratarse de alguien que, en la casa de enfrente, pudiera estar manejando algún artilugio. Lo cierto es que en la casa de donde David intuía que venía este rechinar metálico no existía el menor indicio de ocupación humana. De hecho, las ventanas carecían de cristal y en la parte izquierda de la fachada, la pared presentaba un boquete de tamaño considerable. Era una casa abandonada.

David entró rápido en el recibidor de la casa donde se habían alojado y comentó tanto a Sonia como al señor mayor lo sucedido. El hombre le comentó que aquella casa tenía “algo” que no le gustaba. Siempre la miró con mucha prudencia. Les contó que siempre la había conocido en el estado en el que se encontraba, en ruinas. Que nadie había aparecido por allí para intentar arreglarla. El pueblo comenzó hacía más de treinta años a despoblarse. De hecho, solo quedaban unos quince vecinos. Pero nadie osó siquiera curiosear en el interior de aquella casucha. Además, el anciano les contó algo que dejó a David y a Sonia sobrecogidos:

“Yo siempre he habitado esta casa. Ahora estoy empezando a obtener mis primeros beneficios con esto del turismo rural. Yo dormía en una habitación del piso de arriba y mi ventana asomaba a la calle, justo enfrente de esa casa. Algunas noches me quedaba embobado contemplando las estrellas. Además, todavía no había tendido eléctrico en el pueblo, por lo que la calle permanecía a oscuras y se podían contemplar las estrellas con total nitidez. Pero una de esas noches, algo me llamó la atención. De pequeño, he de reconocer, me gustaba bastante contemplar las estrellas, y ya era difícil que algo me distrajera cuando estaba mirando al cielo. De haber tenido recursos suficientes, me hubieran comprado mis padres un telescopio. Pero eran otros tiempos. El caso es que algo me distrajo. La casa siempre permanecía igual, inmutable. Silenciosa, oscura, muerta. Pero aquella noche planté mis ojos sobre el balcón grande que hay sobre la puerta. El balcón, que no tenía puertas, parecía iluminado. Era más bien el resplandor de algo que parecía proceder de dentro. La curiosidad se apoderó de mis fuerzas. Quería entrar en aquella casa como fuese. Pero algo dentro de mí me decía que lo más prudente era permanecer en mi cuarto. Decidí, al menos, contemplar desde mi ventana lo que parecía suceder. De hecho, aunque yo hubiera querido, mi cuerpo me hubiera impedido moverme de la ventana. En un instante, mi corazón me dio un vuelco. La luminosidad parecía querer asomarse al balcón. Estuve a punto de gritar. Quise llamar a mi madre. Pero era muy tarde. Y, aunque estaba asustado, reconozco que en el fondo, seguía sintiendo curiosidad por ver lo que sucedía. Entiéndanme: es una casa que lleva bastante tiempo deshabitada, en estado totalmente ruinoso y nadie había entrado allí en años. Pero ahora parecía tener algún huésped. Eso era lo que le ponía picante al asunto. Pude adivinar que, quien estaba dentro se desplazaba de una habitación a otra, porque la luminosidad terminó por desaparecer en torno al balcón, pero parecía intuirse a través de las otras ventanas. Y no tenían cristal. Yo estaba cada vez más intrigado. Y también tenía cada vez más miedo. Porque estuve tentado de abrir mi ventana y asomarme al exterior. Pero no lo hice.

Finalmente, la luminosidad móvil pareció clavarse en torno al balcón. Ahora mucho más cerca del exterior. Tanto que pude intuir que se trataba de una vela. El miedo, yo no me explico cómo, desapareció de mi cuerpo casi de repente. Pensé que algún mendigo posiblemente había encontrado refugio para pasar allí la noche. No podía ser ningún ladrón, puesto que allí no había nada que robar. Pero justo cuando más calmado estaba, algo se asomó a la calle a través del balcón. Era una niña pequeña, quizá de unos siete u ocho años. Bueno, esto lo calculé por su estatura y por el pelo rubio. Lo que me dejó de piedra fueron dos detalles inolvidables para mí: no le pude ver el rostro en ningún momento, pese a encontrarme casi a la misma altura enfrente de ella. El otro me heló la sangre: llevaba un vestido blanco impecable que impedía verle los pies, pero no llegaba al suelo. ¡El vestido no tocaba el suelo! ¿Comprenden? ¡La niña estaba alzada dos o tres palmos por encima del suelo del balcón! (Unas lágrimas se asomaron al rostro del anciano al recordarlo). Lo que más me conmovió, si se puede decir que hubiera algo que todavía me pudiera afectar más, fue lo que sucedió después. La niña parecía gimotear. Lloraba desconsolada. Parecía que no sabía donde estaba. Y a pesar de que yo permanecía con mi ventana completamente cerrada, al sonido del llanto se unieron pronto unos gritos: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Tengo miedo! ¿Dónde estas? ¿Por qué me dejas sola?

Tras unos minutos, y de golpe, la calma que mantenía y ha mantenido esa casa volvió. Era como si nada hubiera sucedido. Esa es la parte que más te afecta. Puesto que sabes que lo que has visto no te lo puedes creer. Y sobre todo, cómo se lo vas a contar esto a nadie, si tu mismo no te lo crees. Y te preguntas si acaso estás loco. Si has tomado algo que, sin pretenderlo, te ha hecho ver esto. Estuve varias semanas sin poder pegar ojo dándole vueltas a la cabeza. Pero no se me ocurrió volver a mirar de noche a la fachada de aquella casa. Después de aquello, si quería ver las estrellas salía a escondidas al patio interior de mi casa. Se lo conté a mi madre meses después. Y mi madre, para mi sorpresa, ya sabía lo que me había ocurrido. O al menos no pareció sorprenderse lo más mínimo. Al parecer, años atrás, cuando mi madre era una jovencita, cuando mi abuelo todavía vivía en esta casa, la casa de enfrente estuvo habitada por una familia. El hombre murió a causa de la tuberculosis. Esto consternó tanto a su esposa que la hizo caer en la locura. Un médico decidió llevarla a un sanatorio. No era bueno que se mantuviera entre los vecinos. Pero su hija nunca apareció. Mi madre me decía que había escapado y que, posiblemente, alguien la había acogido. Pero no parece muy probable. Puede que lo que yo viera fuese su hija. Y a veces todavía oigo algunas noches un rechinar de cadenas similar al que ha oído usted, David.”

Después de haberse estremecido con la interesante historietta del anciano que les había alquilado su casa para pasar sus vacaciones, David y Sonia emprendieron el camino de vuelta. Ya se imaginan cómo debían llevar los cuerpos tras lo que les había contado el viejo. Al salir no se atrevieron a contemplar aquella fachada ruinosa.

La monotonía de la carretera hizo que Susana, que iba en el asiento del copiloto, se durmiera. David llevaba dos cafés en el cuerpo, aunque creo que no le hacía falta cafeína precisamente. Quería olvidar aquello, pero la mente lo traicionaba. Paró a repostar en una gasolinera.

Después de haber retomado la carretera, a David se le heló la sangre. En el arcén del lado izquierdo de la calzada, a lo lejos, una lucecilla muy tenue parecía avanzar en dirección al coche. Conforme se acercaba, David pudo contemplar unos detalles que ya no le eran nuevos. Un pequeño cuerpecillo sostenía una vela. Tenía un traje blanco immaculado. David paró el coche en el arcén, casi dentro de la cuneta y apagó las luces. Entonces avisó a Sonia. Ambos pudieron contemplar a aquella niña, sin rostro, con un pelo largo rubio que sostenía una pequeña vela. No caminaba, pues no se le veían los pies. El vestido se los cubría. O al menos eso parecía. Más bien, parecía que se deslizaba. Y de nuevo sonaban las cadenas. Pero no había cadenas. Era una noche cerrada, con iluminación lunar únicamente. Pero aquella imagen era completamente visible. Después pudieron comprobar cómo aquella niña, o lo que aquello fuera, se deslizaba a unos palmos del asfalto. El pánico les llegó conforme se fue acercando aquel ser al coche. Llegó a la altura de la ventanilla de David. Parecía que les quería decir algo. “¿Habéis visto a mi mamá?” –pudieron oír a pesar de tener las ventanillas subidas a tope. Los llantos infantiles, aterradores, acompañaban a la atroz visión. Al fin, tras unos segundos que debieron parecerles horas, la niña se marchó. No desapareció, sólo decidió marcharse. Los lamentos se perdían en el horizonte. Era algo inexplicable por completo. Tras unos minutos, David creyó conveniente retomar la carretera. De alguna manera, sus vacaciones quedarían marcadas para siempre.